

DE LAS GENTES Y SUS PLANTAS. LOS ESTUDIOS PALEOETNOBOTÁNICOS EN LA PREHISTORIA DE CANARIAS

Jacob Morales Mateos

Introducción

Este trabajo surge como un intento de superar el actual estancamiento que sufre la Prehistoria de Canarias en lo que se refiere al análisis de la explotación de los recursos vegetales, con especial énfasis en los restos carpológicos. Para superar este anquilosamiento propongo una actividad reflexiva, que trate cómo y por qué se han llevado a cabo estas aproximaciones al mundo prehistórico. Con ello pretendo establecer la base para estudios más rigurosos, metódicos y críticos, que proporcionen una visión prehistórica más cercana a la realidad.

¿Qué es la Paleoetnobotánica?

Antes de realizar una aproximación a los estudios paleoetnobotánicos en Canarias es necesario definir qué se entiende por este término. En sí, designa al estudio de los restos vegetales generados por la actividad de las sociedades prehistóricas. Se trata de un concepto que surge por los años 50 del siglo xx en el panorama académico occidental, cuando el investigador danés Hans Helbaek lo acuñó para designar a una línea de la paleobotánica que se centraba en su relación con las sociedades humanas (Buxó, 1997). Junto a esta denominación han surgido otros más habituales como arqueobotánica, que se refiere directamente a las evidencias vegetales recogidas de los yacimientos arqueológicos y que ha sido usado tanto en el ámbito norteamericano como europeo (Hastorf y Popper, 1988).

Tanto uno como otro, se refieren al estudio de la relación que se establece entre el medio vegetal y las sociedades humanas durante el pasado, intentando discernir los principios que dinamizan esta relación y la influencia que se ejercen mutuamente ambos factores. Para ello el estudio de la paleoetnobotánica debe introducirse tanto en los conocimientos botánicos, indagando en la ecología y en los caracteres anatómicos de las plantas, como en la investigación de la dinámica social, que va a ser la que va a dar uso de las plantas.

Esta integración del medio botánico dentro de los estudios prehistóricos se inicia ya desde finales del siglo pasado, cuando los arqueólogos escandinavos comienzan a interesarse por las variables medioambientales en las que se mueven los grupos prehistóricos (Trigger, 1992). Este interés se ve facilitado por la aparición de restos vegetales arqueológicos conservados en zonas inundadas como lagos y turberas (Buxó, 1997).

Ya entre la década de 1950 y 1960 se produce un notable avance en los estudios arqueobotánicos derivados de la reorientación de la investigación hacia el ámbito económico y medioambiental. La Nueva Arqueología nacida en Estados Unidos, y sus variantes surgidas en Gran Bretaña propugnaban el conocimiento de las variables medioambientales, pues en ellas se buscan los factores que dan lugar a los cambios sociales. Por otro lado en Inglaterra

Higgs y sus alumnos, centrados en la explotación del entorno, indagan en todos los aspectos relacionados con la actividad agrícola, como: el tipo de campos de cultivo, la época de siembra, los métodos de recolección, el procesado de la cosecha, el almacenamiento, etc. (Trigger, 1992).

Para todo ello fue necesario un cambio en la metodología de recuperación de los restos arqueobotánicos. Hasta aquellos momentos había primado la recuperación manual de los ecofactos más visibles arqueológicamente; pero estas nuevas inquietudes demandaban una intensificación y especialización en la búsqueda de recursos materiales con los que poder realizar un análisis arqueológico.

La máquina de flotación se va a convertir entonces en la principal herramienta de recuperación de macrorrestos vegetales, su capacidad para procesar grandes cantidades de sedimentos, junto a la aplicación de mallas de 2, 1, 0.5 y 0.25 mm, permitió la acumulación de una amplia variedad de semillas y carbones que antes pasaban desapercibidos para los arqueólogos debido a su reducido tamaño.

El desarrollo de este tipo de aproximación arqueológica estaba circunscrita casi en su totalidad al ámbito anglosajón y escandinavo, y no va a ser hasta la década de los 80 que llega a España y otros países europeos (Buxó, 1997). Este auge que ha tenido la paleobotánica en los últimos años del siglo xx ha propiciado la acumulación de un amplio corpus de datos, así como la formación de especialistas que se encarguen de su estudio.

En la actualidad se hace cada vez más patente la necesidad de aplicar la información proporcionada por la etnografía, para de esta manera interpretar de una forma más coherente los taxones identificados y no quedarse en un mero listado de especies potencialmente usadas (Peña-Chocarro, 1999). Estos estudios han sido desarrollados con profundidad, para los restos carpológicos, en comunidades campesinas tradicionales de Turquía (Hillman, 1981), Grecia (Jones, 1984) y en la Península Ibérica (Peña-Chocarro, 1999), entre otros; demostrando su potencial a la hora de explicar la presencia en el registro arqueológico de las especies identificadas así como para plantear hipótesis sobre su uso.

Además, en la última década también se intenta inducir a partir de los restos arqueobotánicos aspectos relacionados con las relaciones sociales que han generado dichas evidencias. Este tipo de aproximación tiene una gran importancia y ha sido usada para matizar dinámicas sociales como los procesos de identidad étnica y creación de organizaciones estatales (Hastorf, 1999) así como en las relaciones sociales de género (Hastorf, 1991, Jackson, 1991).

Hoy en día la paleobotánica se ha configurado como una forma de aproximarse al pasado de las sociedades humanas partiendo de su relación con el medio vegetal. Para ello se introduce principalmente en los vestigios arqueobotánicos y en la información etnográfica, buscando todos los datos que este tipo de fuentes puedan proporcionar al respecto.

¿Qué pasa en Canarias?

Mientras en el mundo europeo y norteamericano la paleobotánica está plenamente establecida con unos recursos metodológicos y una formación académica bastante generalizada, en Canarias en cambio, este tipo de estudios está aún apenas despegando a pesar de la riqueza de fuentes con que se cuenta.

El interés por los restos arqueobotánicos aborígenes se inicia en los años 50 y 60 con los trabajos de Jiménez Sánchez (Jiménez Sánchez, 1952) quien en sus prospecciones por la isla de Gran Canaria hace acopio de gran cantidad de semillas, maderas y fibras vegetales recogidas en yacimientos aborígenes. Por su parte Diego Cuscoy (Diego Cuscoy, 1968) hace lo mismo en las islas occidentales, aunque en este caso las evidencias se centran sobre todo en la madera a la que complementa con interesantes estudios etnográficos de la población canaria contemporánea. Ambos coincidirán en su interés por el contenido intestinal de las momias, que en dos casos son enviados a Madrid (Jiménez Sánchez, 1952) y a Dinamarca (Diego Cuscoy et al. 1960) para la identificación de los restos de alimentación que aún se conservaban en ellos.

Entre la década de los años 70 y la primera mitad de los años 80, los estudios a este respecto se estancan, abasteciéndose los arqueólogos en su mayor parte, con información procedente de las fuentes etnohistóricas para reconstruir la explotación del medio vegetal por parte de la población aborigen (Martín Socas, 1980; Martín de Guzmán, 1984; Tejera Gaspar y González Antón, 1987), salvo en el caso de B. Galván Santos (1980) que realiza un estudio tipológico sobre las industrias sobre fibra vegetal que existen en el Museo Canario. Este hecho denota el escaso interés en los aspectos medioambientales y perpetúa la visión que las fuentes etnohistóricas ofrecen sobre este aspecto de la sociedad aborigen.

Sin embargo, a partir de la segunda mitad de la década de los 80 se produce un auge en los estudios económicos. Esto propicia la realización de proyectos de investigación que tienen como prioridad el establecer las características del medio explotado. Este interés deriva de la aplicación cada vez más explícita de las propuestas de la ecología cultural por parte de varios investigadores del archipiélago (Martín Rodríguez, 1986; Arco Aguilar, 1985) y que buscan en las variables medioambientales las causas que explican los cambios sociales. Este nuevo enfoque da fruto en otros trabajos donde se encuentran los primeros datos paleoambientales, como: el análisis antracológico de la “Cueva del Rincón”, La Palma (R. Piqué. En Rodríguez Rodríguez y Pais Pais, 1993), o los análisis carpológicos de la cueva de Don Gaspar, Tenerife (Arco Aguilar, 1985; Arco Aguilar et al. 1990) y del Tendal, La Palma (Rodríguez Rodríguez, 1993). Por otro lado destacan los estudios realizados por C. G. Rodríguez (1989) y M. S. Jorge (1989) sobre los tejidos vegetales recogidos en el Museo Canario y en la necrópolis de Arteara, aunque estos inciden sobre todo en la tipología y en la identificación de las especies empleadas.

En esta última década del siglo se consolidan las dinámicas ya iniciadas en los años 80 y aparecen trabajos de síntesis como el libro sobre *Los recursos vegetales en la Prehistoria de Canarias* (Arco Aguilar, 1993) y otros que conceden gran peso a la ecología cultural en su interpretación de las prehistorias insulares (Martín Rodríguez, 1992; Pais Pais, 1996). Aunque la figura más destacada de estos últimos años es M. del C. Machado, quien se va a convertir en la primera especialista canaria formada en la identificación sistemática de los carbones arqueológicos. Su trabajo abarca las islas de Tenerife (Machado 1994; Machado et al. 1997; Machado y Galván, 1998; Machado y Ourcival, 1998), La Palma (1995), Fuerteventura (1996) y en la actualidad está trabajando en El Hierro (artículo presente en este volumen), indagando tanto en la identificación de las especies usada para combustible, como en la reconstrucción del medio vegetal que explotó la población aborigen.

En el caso de los restos carpológicos (semillas y frutos) los estudios son más escasos y sólo se ha publicado un análisis nuevo referido a las evidencias recuperadas en la Cueva Pintada, Gran Canaria (Fontugne et al. 1999). En este caso, los especialistas en carpología han sido

siempre foráneos, lo que genera algunos problemas en los procesos de identificación de determinadas semillas así como en la interpretación de éstas.

Sólo queda subrayar los excelentes resultados que ha proporcionado el estudio de los contenidos de las momias y que se puede apreciar en las Actas presentadas en el I Congreso sobre momias realizado en Tenerife (1992), donde se identificaron restos carpológicos, polen y otros tipos de órganos vegetales.

A través de este breve recorrido por la historia de la investigación en Canarias se pueden apreciar algunos de los problemas a los que se enfrentan las aproximaciones paleoetnobotánicas, y que se refieren básicamente a las fuentes y al método de estudio. En este trabajo pretendo marcar un punto de inflexión, a través del análisis crítico de las fuentes y métodos que se han utilizado en la Prehistoria de Canarias para estudiar la relación entre la población y el medio vegetal, de tal forma que sirva como reflexión sobre cómo y por qué se han realizado estos estudios y a su vez suponga una herramienta para el arranque de nuevas investigaciones. Para ello se partirá de una estructuración de las *fuentes*; fuente entendida como recurso con el que se cuenta para aproximarse a las sociedades del pasado, y que he clasificado sobre la base de su enfoque, como: el recurso a los textos, el recurso a la etnografía y los recursos materiales.

El recurso a los textos

Dentro de este tipo de fuentes se engloban todos aquellos documentos históricos que hacen referencia de forma directa o indirecta a cualquier aspecto de las sociedades aborígenes. Este tipo de recurso se suele identificar con las fuentes etnohistóricas, aunque en este caso pretendo incluir también toda aquella información que otros tipos de textos como los recogidos en los archivos (testamentos, actas judiciales, etc.) pueda proporcionar.

Lo que se conoce como fuentes etnohistóricas incluye un amplio repertorio de testimonios que abarcan un corto período de la ocupación aborígen del archipiélago, desde 1341 con los primeros datos proporcionados por la expedición de Angiolino del Teggia y Nicoloso da Recco (Zurara et al. 1998) hasta el fin de la conquista en 1496. Sin embargo, los textos etnohistóricos se extienden mucho más allá de la conquista, aceptándose convencionalmente que esta fase lo cierre la obra de Marín de Cubas en 1694. Ello permite establecer una clasificación inicial de las fuentes en función a la fecha de su realización en preconquista y post conquista.

Para establecer esta clasificación de las fuentes etnohistóricas me he basado en el análisis realizado por Celso Martín de Guzmán en 1986, aunque a este respecto existen otros estudios como el de Juan Régulo (en Marín de Cubas, 1986). Dentro del primer grupo se engloban tanto los textos denominados como ciclo preliminar (Pérez Embid, 1948) que incluye a los autores portugueses (Zurara et al. 1998) y normandos (Bontier y Le Verrier, 1980) como el ciclo conquista (Morales Padrón, 1993) donde se incluyen las crónicas de la ocupación. Los textos del ciclo preliminar son muy valiosos, pues aunque escuetos, reflejan los primeros datos sobre la población aborígen; mientras que las crónicas, aunque sean más amplias en sus relatos sobre los usos y costumbres de la población aborígen presentan más incoherencias derivadas de los intereses políticos en juego y de lo tardío de la información.

Los textos realizados tras la conquista han sido denominados como “ciclo historiográfico renacentista” (Martín de Guzmán, 1986) abarcando desde 1592 con las observaciones de

Torriani (1978) hasta 1694 con la obra de Marín de Cubas (1986). Para realizar sus obras estos autores indagan en la tradición oral de los aborígenes que sobreviven a la conquista, buscando también en compilaciones de textos anteriores o en las pervivencias contemporáneas a ellos, por tanto su labor también tendría que considerarse como historiográfica.

A diferencia de los textos realizados en el período preconquista, que se nutren directamente de la sociedad aborígen contemporánea, los escritos post conquista se inician casi un siglo después de ésta. Esto limita su valor como documento etnohistórico debido al alejamiento de sus fuentes directas de información, la sociedad aborígen; siendo testigos de una cultura que tras un siglo de sometimiento ha perdido gran parte de sus señas de identidad.

Este hecho reduce el valor de la información etnohistórica de libros tan consagrados como el de Abreu Galindo realizado en 1632 (1977), el de Torriani en 1592 (1978) o el de Espinosa realizado en 1594 (1980) y que muchas veces han sido utilizados como punto de partida para la reconstrucción de las formaciones sociales prehispánicas. Aunque esto no quiere decir que no se aprecie su valor como información de otra forma irrecuperable, sobre todo al reflejar pervivencias que un siglo después de la conquista todavía conservan los aborígenes sometidos.

¿Cómo se puede discriminar en las fuentes etnohistóricas aquella información útil desde el punto de vista etnoarqueológico? En mi opinión una relectura, que trate de indagar en las estructuras que subyacen a la información que proporcionan los textos, sería un buen punto de arranque para aislar los datos más fiables para su aplicación en la Prehistoria de Canarias.

Así, las islas van a ser descritas por las fuentes etnohistóricas como regiones frondosas “llena de grandes bosques de diferentes condiciones” (Bontier y Le Verrier, 1980:164) donde es posible aprovisionarse con multitud de frutos para su consumo así como maderas y fibras vegetales empleadas en la construcción de casas, la fabricación de herramientas, de armas, ropas, cuerdas, tintes, medicinas e incluso en la provisión de agua, tal como hacían con el Garoe (Morales Padrón, 1993), usos recogidos en la síntesis de M.C. del Arco Aguilar (1993).

A la hora de tratar la actividad recolectora los textos van a presentar todos estos usos de las plantas: para comer, construir casas, en herramientas, vestidos, remedios naturales, etc., como una proyección de las necesidades que puede demandar la sociedad europea de su tiempo. Los usos y costumbres reflejados en las descripciones etnohistóricas probablemente no exhiben todos los que pudieron realizar la población aborígen, sino aquellos que encajaban en los esquemas culturales que los autores habían importado de Europa, materializándolos en las formas dadas por la población aborígen. De esta forma se caracteriza a una población bárbara, que al vivir de una forma primitiva, debe satisfacer las necesidades que tendría cualquier europeo contemporáneo con las bondades que le ofrece la naturaleza. Así cuando López de Ulloa en 1646 (Morales Padrón, 1993) relata cómo se cortaban el pelo los antiguos canarios dice “... la naturaleza les dispuso con que cortársele, que era un betume que hacían de un árbol que llaman tabayua silvestre y de otro de cardón” (Morales Padrón, 1993:313). Estos discursos se completan con aquellas costumbres, que si bien no eran practicadas por la población europea, por su espectacularidad, como el rito de golpear las ramas en el mar o la destilación de agua por el Garoe, van a ser citadas por todos los textos como una forma de realzar el primitivismo y la idolatría de los aborígenes (Fernández, 1998) y por otro lado la bondad de una naturaleza que Dios había dispuesto para el uso primero de los salvajes y luego de los cristianos.

Esta estructuración de las actividades recolectoras aborígenes que plantean los textos no está reflejando de una forma total todas las costumbres depredadoras prehispánicas, sino que está proyectando los esquemas de conocimientos y de labor propios de la población conquistadora. La “mirada del otro”, como ya se ha dicho (González y Rodríguez, 1998), parte de su propio mundo y de sus esquemas perceptivos para ofrecer una visión que, como un “prisma”, distorsiona la realidad. El “Otro”, en este caso el habitante prehispánico, es reducido a lo conocido pero caricaturizando sus rasgos tecnológicos y culinarios, que son primitivizados. De esta manera se les crea como contrapunto una identidad negativa por la cual la cultura europea se define a sí misma (Mason, 1990), tal cual ilustra la referencia de Zurara sobre los habitantes de La Gomera “su comida se compone de leche y hierbas, como bestias” (Zurara et al. 1998). A la vez esta visión europeizante naturaliza y justifica la situación social que se establece tras la conquista, presentándola como una continuación mejorada de la situación prehispánica y generando una genealogía propia donde se establecen los orígenes del nuevo orden. Sobre todo, si se tiene en cuenta que mucha de la información que recogen los etnohistoriadores es proporcionada por la parentela de la “nobleza” aborígen, que actúa de manera interesada para obtener los privilegios (no pagar impuestos, recibir tierras de cultivo) que supone ser noble en la sociedad isleña que se desarrolla tras su conquista europea.

Una situación similar emerge cuando se indaga en los escritos que tratan la actividad agrícola. En ellos se describe una cadena de actividades agrícolas que se inicia con la preparación de la tierra y va pasando de la siembra a la cosecha para terminar con el consumo de los productos agrícolas. Al igual que sucede con la actividad recolectora toda esta estructuración de las labores agrícolas es un reflejo de las propias realizadas en Europa, pero destacando la precariedad de la tecnología prehispánica, que se equilibra con la fertilidad de la tierra para obtener una buena cosecha. Se percibe cómo esto se refleja en la palabras de Torriani “...que la tierra sin arar, rinda fruto, porque la manera de que allí se cultivan las tierras es tan bárbara y de tan poca utilidad, que se puede decir que sin arar crece el trigo y la cebada y las demás simientes” (Torriani, 1978:41) o mucho más claramente en Le Canarien: “Y no es posible, por mal que se trabaje la tierra, que no viniesen ganancias mayores de cuanto se podría decir” (Bontier y Le Verrier, 1980:168).

Este tipo de discurso no está reflejando por tanto una visión real, sino que está proyectando una situación ideal; la de unas islas donde todos los duros trabajos agrícolas que se practican en Europa son innecesarios, ya que la naturaleza es tan generosa que con el mínimo esfuerzo se puede conseguir “trigo, mucho más hermoso que el nuestro, con los granos más largos y gruesos y el color más blanco” tal como relata Bocaccio de la información proporcionada por Nicolás Da Recco (Zurara et al. 1998:35). Estos argumentos pertenecen a una estrategia que se enmarca en plena rivalidad castellano-lusa por el dominio de la costa Atlántica, disputa que incita el poblamiento de las islas por parte de colonos europeos, quienes son atraídos por este tipo de discursos mitificadores (Fernández, 1998).

Se ha visto a través de este análisis de las fuentes etnohistóricas que la visión proporcionada por ellas en lo referente a la relación entre la sociedad aborígen y el medio vegetal es a todas luces inexacta, europeizando a los pobladores e idealizando a la naturaleza. El panorama que describe arrastra y perpetúa unas formas introducidas tras la conquista, y lo que pretende es naturalizar esta situación a la vez que atraer colonos. ¿Significa esto que los textos etnohistóricos no tienen validez como fuente etnoarqueológica? Ni mucho menos, su importancia radica sobre todo en los usos que describe y no tanto en la organización social, que está más mediatizada por la percepción de los autores etnohistóricos, aunque en ambos

casos se trata muchas veces de una información que de otra manera es irrecuperable. El problema radica en su utilización; en mi opinión su aplicación como recurso etnoarqueológico en los estudios paleoetnobotánicos debe plegarse a los datos materiales proporcionados por la arqueología, que en última instancia es la que corrobora la validez de los datos etnohistóricos.

Además, los relatos etnohistóricos también deben ser contrastados con las fuentes etnográficas o con documentos que de forma indirecta hablen de los hábitos aborígenes. Es este el caso por ejemplo, de los archivos judiciales, en los que se puede encontrar referencias al consumo de mocanes en la isla de La Palma por parte de unos “naturales” capturados como esclavos (Aznar Vallejo, 1998); o en las cartas de repartimientos de Tenerife donde se mencionan la existencia de acequias prehispánicas para el riego de los cultivos (Serra Rafols, en Arco Aguilar, 1993). Así la prueba más clara de la potencialidad de estos recursos a la hora de establecer la dinámica entre el medio vegetal y la población aborígen es el trabajo de A. Santana, quien basándose en “información documental” (Santana, 1992) ha reconstruido un probable mapa del paisaje vegetal en el siglo xv y un modelo de explotación de los recursos vegetales para la Prehistoria de Gran Canaria. Sin embargo, tal como sucede con las fuentes etnohistóricas es indispensable plantear un análisis crítico de este tipo de textos, ya que este modelo de discursos puede también ocultar o distorsionar información de acuerdo a los intereses de la burocracia que produce este tipo de documentos.

El recurso a la etnografía

Cuando hablo de etnografía me refiero a aquellos “usos y costumbres” que de una forma visible se conservan en sociedades actuales desde un pasado más o menos lejano. Si se parte desde una posición evolucionista se podría argumentar que las sociedades que muestran dichas pervivencias se encuentran ancladas en el camino de la evolución entre un pasado prehistórico y un presente capitalista e industrial, y por ello serían recursos válidos para aplicarlos en los estudios paleoetnobotánicos sobre la población prehispánica. Sin embargo, mi postura es histórica, y eso significa que esas sociedades no son vestigios de antiguas eras, conservadas en el ámbar del subdesarrollo; esas sociedades son entidades dinámicas que hacen la historia y a su vez son moldeadas por la historia (McGuire, 1992). Sin embargo, existen en ellas regularidades y estructuras que pueden ser rastreadas desde el presente para intentar reconstruir el pasado.

Por lo tanto cuando se indaga en las fuentes etnográficas en busca de pervivencias que informen sobre los modos de vida prehispánicos hay que ser conscientes de todos los cambios acaecidos durante el discurrir histórico. En los estudios paleoetnobotánicos sobre Canarias se han aprovechado generalmente dos sociedades en busca de pervivencias que se puedan hacer partir desde el pasado aborígen: por un lado la sociedad campesina que se formó en Canarias tras el proceso de conquista, y por otro lado las sociedades beréberes asentadas en el Sahara y Magreb, partiendo para ello del origen común entre estas poblaciones y las sociedades prehispánicas que arribaron a las islas.

Sobre la población campesina canaria se han realizado algunos estudios que pueden proporcionar valiosos datos de cara a su uso como recursos etnoarqueológicos. Así en el siglo xviii, Viera y Clavijo en su “Diccionario de Historia Natural” (1982) ya hace referencia a diversos aprovechamientos de las plantas que pudieron tener su origen en el pasado prehispánico, como los rizomas de los helechos (*Pteridium aquilinum*) que eran consumidos por los menos pudientes en época histórica. Sin embargo es a partir del siglo xix cuando comienzan a generalizarse los estudios etnográficos, descollando los realizados por René

Verneau (1981), Sabin Berthelot (1978), o por isleños como Víctor Grau Bassas (1980) y Bethencourt Alfonso (1994).

Ya en el siglo xx se encuentran otros testimonios etnográficos con un matiz etnoarqueológico, como los realizados por Diego Cuscoy (Diego Cuscoy et al. 1960) o Lorenzo Perera (1983 y 1988), ambos trabajos de gran valor histórico. En los últimos años del siglo estos estudios se han multiplicado y se recogen en revistas como Tenique o El Pajar que tratan de recuperar las formas campesinas tradicionales, aunque en este caso por el peligro que corren ante la desaparición de esos modelos.

El estudio más completo de este tipo es el llevado a cabo por J. Pais Pais (1996) en la isla de La Palma, quien a través de un intenso trabajo etnográfico centrado sobre todo en los pastores, logra establecer un modelo de explotación ganadera que él traslada desde la actualidad al pasado prehispánico.

Para ello parte de una postura ecológico-cultural, en la que el medio ambiente juega un papel primordial a la hora de moldear unos modelos de vida, que según él no cambiarán mucho tras el proceso de conquista, al menos en lo referido a la explotación ganadera y al aprovechamiento de los recursos vegetales.

En mi opinión, esta postura, que afecta a todos los estudios etnográficos en su aplicación a la arqueología, debería ser tomada con mucha precaución. En primer lugar no se pueden obviar los cambios que se producen en el medio ambiente desde la conquista castellana hasta la actualidad. La relación del medio vegetal con las poblaciones es muy dinámica y se encuentra en un continuo proceso dialéctico, iniciado, como ha demostrado a través de los análisis antracológicos M. del C. Machado, desde los primeros momentos de ocupación aborigen. Además, si bien el medio vegetal actúa como constreñidor de las actividades humanas, esta limitación no establece un único camino.

Por otro lado, la tecnología que se establece después de la conquista con la llegada de los metales, los animales de tiro, la introducción de nuevas plantas domésticas como la papa (*Solanum tuberosum*), el millo (*Zea mays*), árboles frutales, hortalizas, etc., que dan lugar a nuevos sistemas productivos, van a generar unos cambios muy profundos en la relación de la sociedad campesina post conquista y el medio vegetal, que a su vez debe responder a esos cambios. Además, tras la conquista llegan nuevas poblaciones que aumentan el número de individuos que explotan la tierra y que traen consigo un conocimiento botánico tradicional, y por tanto una percepción y uso de las plantas, diferente al modelo prehispánico.

Todas estas innovaciones se organizan a través de unas nuevas relaciones sociales dominadas por el nuevo estado colonizador, quien impone un modelo socio-económico, cultural y religioso procedente de Europa. Por todo ello es necesario que a la hora de indagar en las fuentes etnográficas se realice un proceso de rastreo “deconstructivo” descartando todas aquellas adiciones que se han podido ir produciendo a lo largo de los 500 años pasados tras la ocupación europea de las islas. Esto llevará a explorar aquellas zonas más alejadas de los nuevos núcleos de población colonizadora, por lo general espacios marginales donde las condiciones ecológicas impiden una explotación de los recursos vegetales diferente a la llevada a cabo por la población aborigen y en el que las relaciones sociales que organicen esas actividades puedan evocar una formación semejante a la prehispánica. Por supuesto, es indispensable analizar de una forma crítica estas pervivencias, que nunca van a conservar todos los rasgos prehistóricos.

De igual manera, cuando se tratan aquellos datos etnográficos provenientes de las actuales poblaciones beréberes se debe a su vez ser muy cauto. Como ya se dijo anteriormente, no se pueden obviar los procesos históricos de cambio que sufren todas las sociedades.

En este caso también se dispone de algunos estudios que se han llevado a cabo en las poblaciones beréberes de la Kabilia argelina (Laoust-Chantréaux, 1990), en Marruecos (Foucauld, 1984) y en la zona sahariana en general (Harlan, 1989; Nicolaisen, y Nicolaisen, 1997; Bernus, 1993; Gast, 1968; Lhote, 1984) destacando la *Encyclopédie Bereber* (1990) auspiciada por Gabriel Camps.

Muchos de los datos proporcionados por estas aproximaciones etnográficas han sido utilizados por prehistoriadores canarios (Tejera Gaspar y González Antón, 1987; Jiménez González, 1990; Navarro Mederos, 1992; Cabrera et al. 1999, entre otros) en la reconstrucción de la explotación de los productos vegetales por la población prehispanica.

Sin embargo, el uso de estos recursos se hace de una manera irregular, extrayendo aspectos puntuales, que luego se introducen en los modelos propuestos para confirmar los datos etnohistóricos o las hipótesis planteadas por los autores. Esta metodología es a mi juicio errónea, pues descontextualiza la información empleada y no tiene en cuenta el origen ni las explicaciones de esas supuestas pervivencias. En realidad se trata de una práctica de analogía etnográfica y no de etnoarqueología, por lo que sus conclusiones no tienen validez necesaria para su correcta aplicación en la Prehistoria (Hernando, 1995). Al igual que sucede a la hora de tratar la información etnográfica proveniente de la sociedad histórica canaria, se debe indagar en los procesos históricos que han devenido en la formación de las actuales sociedades beréberes y tras esta desedimentación seleccionar los datos pertinentes. No se debe obviar que las poblaciones beréberes se han enfrentado a sucesivas ocupaciones de romanos, árabes, turcos, franceses, así como a la progresiva desertificación del Sahara; todo lo cual habrá dejado su huella en las actuales formaciones sociales que pueden observar los etnógrafos. No en vano, en la actualidad incluso se duda de la identidad beréber, tachándola de creación colonial francesa, quien sufragó innumerables estudios etnográficos, para de una forma soterrada negar la unidad árabe de los pueblos del Magreb (Camps, 1994). Aunque el propio Camps (1994) se dedica a legitimar la continuidad de la identidad beréber, no se pueden obviar todos los cambios acaecidos a lo largo de la historia.

Por otro lado no se debe pasar por alto muchas de las deficiencias que existen en la recuperación de los datos etnográficos por parte de los investigadores, tanto los que se aproximan al norte de África como a las Islas Canarias. En sus estudios se aprecian claras ausencias referidas al método de muestreo para acceder a los informantes así como todo lo referido a las encuestas y modelos de consulta empleados. Por otro lado, son evidentes las carencias existentes a la hora de identificar correctamente las especies utilizadas por una población u otra. En la mayor parte de los trabajos no se produce una recolección del material botánico para su rigurosa identificación, lo que imposibilita la generalización o traslación del uso de una misma planta en diferentes lugares. Por ello es necesario que los etnógrafos se formen en los métodos de la etnobotánica si se quiere aplicar sus datos con un mínimo de fiabilidad.

Para terminar este análisis reparo en una doble necesidad. Por un lado el plantear un estudio crítico de las fuentes etnográficas para que de esta manera actúen como referente etnoarqueológico de una forma aceptable, y por otro lado la urgencia de multiplicar estos trabajos. El modelo capitalista, industrial y multimediático está generando un proceso

desintegrador de las formas tradicionales de vida, lo que hace más necesario estos estudios etnográficos para buscar en las pervivencias apuntes del pasado y a la vez conservar las formas del presente.

Los recursos materiales

Designo como recursos materiales a todas aquellas evidencias físicas que provenientes de la cultura material de una determinada sociedad se presentan en el registro arqueológico. Yo entiendo la cultura material como la objetificación del ser social. Es decir, como los aspectos físicos en el que una determinada sociedad expresa su funcionamiento (Criado, 1993). Por ello va a abarcar no sólo lo tradicionalmente entendido como cultura material (herramientas, armas, etc.), sino todo el medio percibido y explotado por una determinada sociedad. La objetificación parte del hecho de que las personas transforman a través de la actividad social los objetos del medio circundante en cultural material, siendo a la vez producto de las relaciones sociales y parte de la estructura social (McGuire, 1992).

A la hora de aproximarse al conocimiento de las sociedades prehistóricas, y por lo tanto también en los estudios paleoetnobotánicos, los datos materiales o arqueológicos proporcionan la información más directa y fidedigna para entender el pasado. Aunque a veces la propia cultura material funciona como máscara que oculta la realidad (McGuire, 1992), su potencialidad a la hora de mostrar las facetas en la relación medio vegetal-sociedad durante la prehistoria es insuperable.

En Canarias las evidencias arqueobotánicas han sido estudiadas de forma muy somera como ya se comentó al inicio de este trabajo y esto se debe en gran medida a la metodología de trabajo.

Estas carencias se hacen evidentes desde un principio cuando se analizan las técnicas de muestreo y recuperación de los restos arqueobotánicos. En la mayor parte de las excavaciones llevadas a cabo en el archipiélago la recuperación de los restos arqueobotánicos se ha realizado a ojo o con la utilización de mallas con luz de 5 mm como mínimo, lo que ha provocado la pérdida irremediable de evidencias muy valiosas, mientras sólo se recuperaban aquellas más visibles como los tejidos y las maderas. Esta metodología ha provocado que los restos carpológicos, que en su mayoría miden menos de 5 mm, apenas se hayan estudiado. A estas deficiencias escapan los restos antracológicos (carbones) que al ser de mayores dimensiones han logrado pasar esta criba y ser estudiados.

Otra de las deficiencias en la metodología de estudio radica en la identificación de las especies recuperadas. La falta de especialistas de las islas ha generado que salvo en la identificación de los carbones, estos trabajos hayan sido realizados hasta ahora por especialistas foráneos. Además, el elevado número de endemismos que existen en las islas provoca que estos estudios se queden a medias por la falta de colecciones de referencia.

A pesar de todo ello, los datos proporcionados por los materiales arqueobotánicos han generado una información novedosa. Así, los estudios llevados a cabo por C. Machado han detectado las especies utilizadas como leña, y mucho más importante, el impacto producido por esta actividad.

Mientras en la isla de Tenerife (Machado et al. 1997; Machado y Galván, 1998; Machado y Ourcival, 1998) y La Palma (Machado, 1995) se aprecia una relativa deforestación, en el caso

de Fuerteventura esta desertificación es drástica. De unos estratos de la Cueva de Villaverde fechados entre el siglo VI y IX d.C. donde aparecen especies propias del Monteverde como el viñátigo (*Persea indica*) o el laurel (*Laurus azorica*), se pasa a partir de esta fecha a un medio totalmente deforestado (Machado, 1996). Estos datos incontestables están mostrando un proceso dialéctico entre el medio vegetal y las sociedades, que deriva en la transformación de ambos y que en el caso de Fuerteventura ha provocado un cambio radical del paisaje vegetal.

En el caso de los restos carpológicos la información derivada de las excavaciones ha generado pocos datos debido a la ausencia de evidencias de la vegetación sinantrópica (malas hierbas) que invade los cultivos, la cual es usada para introducirse en las prácticas agrícolas. Estas ausencias se pueden deber a la modalidad agrícola utilizada por la población aborigen o a una metodología de recuperación inadecuada, que al utilizar mallas superiores a 2 mm de luz dejan pasar las semillas de las plantas sinantrópicas, cuyas medidas oscilan entre 0.25 y 2 mm.

Los datos se van a limitar pues a enumerar las especies cultivadas y las recolectadas, así como, en el caso de que haya estratigrafía, ver los cambios en la proporción numérica. A pesar de estas carencias, sus resultados reflejan un panorama algo distinto de lo que cuentan las fuentes etnohistóricas. Se puede hablar de una agricultura plenamente establecida en La Palma durante los primeros años de nuestra era (Martín Rodríguez, 1992) o de un sistema de multicultivo en Don Gaspar con semillas de trigo (*Triticum aestivum/compactum*), cebada (*Hordeum vulgare*) y habas (*Vicia faba*) que son almacenadas (Arco Aguilar et al. 1990); así como de la existencia de higueras (*Ficus carica*) en Tenerife durante el periodo prehistórico (Machado et al. 1997), todo lo cual contradice lo deducido a partir de las fuentes etnohistóricas.

Es necesario y urgente por tanto, que las excavaciones que se lleven a cabo en las islas asuman dentro de sus objetivos básicos la recuperación de como mínimo una parte del sedimento del yacimiento, para que pueda ser debidamente tratado y estudiado. De esta forma se podrá aproximarse, a través del estudio directo de la cultura material, a las formas que adoptó en las sociedades prehistóricas la relación entre éstas y el medio vegetal.

A modo de conclusión

La Paleoetnobotánica es una forma muy certera de aproximarse al estudio de las sociedades pretéritas; partiendo de su relación con el medio vegetal se pueden reconstruir aspectos productivos y sociales que de otra manera son invisibles. En el caso de Canarias se dispone de tres recursos para su estudio: los textos, la etnografía y los restos materiales.

Sin embargo a pesar de la abundancia de recursos para su aplicación a la Prehistoria, los resultados han sido bastante discretos, y la ineficacia de las investigaciones arqueológicas ha generado que la visión proporcionada por las fuentes etnohistóricas se perpetúe en los trabajos publicados, al menos en lo referido a los estudios paleoetnobotánicos.

Si se utilizan las fuentes de un modo crítico, riguroso y metódico se dispondrá de una herramienta poderosísima para el conocimiento de las sociedades prehistóricas. En el caso contrario sólo se estaría haciendo un amago de arqueología.

BIBLIOGRAFÍA

- Actas del I Congreso internacional de estudios sobre momias*. Tenerife, 1995.
- ABREU GALINDO, J. *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. S/C de Tenerife, 1977.
- ARCO AGUILAR, M. C. “Excavaciones en la Cueva de Don Gaspar (Icod de los Vinos, Tenerife)”. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 20: 257-377. 1985.
- ARCO AGUILAR, M. C. *Los recursos vegetales en la Prehistoria de Canarias*. La Laguna, 1993.
- ARCO AGUILAR, M. C. et al. “Estudio de los restos vegetales de la Cueva de Don Gaspar y algunas anotaciones sobre la agricultura prehistórica de Tenerife”. *Investigaciones Arqueológicas en Canarias I*: 13-29. 1990.
- AZNAR VALLEJO, E. 1998: “La conquista en primera persona. Las fuentes judiciales”. *XII Coloquio de Hª. Canario-Americana*, (1996) Tomo I: 363-393.
- BERNUS, E. *Des arbres et des herbes aux marges du Sahara*. *Sahara*, 5: 17-28. 1993.
- BERTHELOT, S. *Etnografía y Anales de la Conquista de las Islas Canarias*. S/C de Tenerife, 1978.
- BETHENCOURT ALFONSO, J.: *Historia Del Pueblo Guanche*. Vol.2. La Laguna, 1994.
- BONTIER, P. y Le VERRIER, L. *Le Canarien: Crónicas Francesas de la conquista de Canarias*. S/C de Tenerife, 1980.
- BUXÓ, R.: *Arqueología de las plantas*. Barcelona, 1997.
- CABRERA, J.C. et al. *Majos. La primitiva población de Lanzarote*. Islas Canarias. Lanzarote, 1999.
- CAMPS, G. “Los beréberes, ¿mito o realidad?”. *Las culturas del Magreb*. Mª Angels Roque (Ed.) pp. 91-117. Madrid, 1994.
- CRiado BOADO, F. “Visibilidad e interpretación del registro arqueológico”. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 39-56. Madrid, 1993.
- DIEGO CUSCOY, L. *Armas de los primitivos canarios*. Aula de Cultura de Tenerife, 8. 1968.
- DIEGO CUSCOY, L. et al. *Trabajos en torno a la Cueva Sepulcral de Roque Blanco (Isla de Tenerife)*. S/C de Tenerife, 1960.
- Encyclopedie Berbere*. Aix-en-Provence. 1990.
- ESPINOSA, F.A. de, *Historia de nuestra Señora de Candelaria*. S/C de Tenerife, 1980.
- FERNÁNDEZ, J.M. “Ídolos europeos, divinidades aborígenes: una aproximación etnoarqueológica al contacto religioso en Canarias entre los siglos XIV-XVI”. *XII Coloquio de Hª Canario-Americana (1996)* Tomo I: 311-329. 1998.
- FONTUGNÉ, M. et al.: “Parque arqueológico Cueva Pintada (Gáldar, Gran Canaria)”. Programa de intervenciones e investigaciones arqueológicas. Avance de los trabajos efectuados entre los años 1995-1997. *Investigaciones arqueológicas*, 6: 489-561, 1999.
- FOUCAULD, Ch. *Viaje a Marruecos 1883-1884*. Barcelona, 1984.
- GALVÁN SANTOS, B. “El trabajo del junco y la palma entre los canarios prehistóricos”. *Revista de Historia Canaria*, T. XXXVII: 43-72. 1980.

- GAST, M. *Alimentation des populations de L'Ahaggar*. Étude ethnographique. Paris, 1968.
- GONZÁLEZ, M.C. y RODRÍGUEZ, A.C. "La mirada del otro: de cómo los europeos percibieron la vestimenta de los antiguos canarios". *XII Coloquio de Hª Canario-Americana (1996)* Tomo I: 675-695. 1998.
- GRAU BASSAS, V. *Usos y costumbres de la población campesina de Gran Canaria (1885-1888)*. Madrid, 1980.
- HARLAN, J.R. "Wild-Grass Seed Harvesting in de Sahara and Sub-Sahara of Africa". *Foraging and Farming: the evolution of plant exploitation*. D.R. Harris y G.C. Hillman (eds.), London, 1989. pp. 79-98.
- HASTORF, C.A. "Gender, Space and Food in Prehistory. Engendering archaeology". *Women and Prehistory*. J.M. Gero and M.W. Conkey (eds.). Oxford, 1991. pp. 132-159.
- HASTORF, C.A. "Cultural implications of crop introductions in Andean prehistory". *The prehistory of de Food. Appetites for change*. C. Gosden and J. Hather (eds.). pp:35-58 London, 1999.
- HASTORF, C.A. and POPPER, V.S. (Eds.) *Current Palaeoethnobotany: Analytical Methods and Cultural Interpretations of Archaeological Plants Remains*. Chicago, 1988.
- HERNANDO, A. "La etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado". *Trabajos de Prehistoria*, 52 (2): 15-30. 1995.
- HILLMAN, G.C.: *Reconstructing crop husbandry practices from charred remains of crops. Farming practice in prehistoric Britain*. R. Mercer (Ed.) Edimburgo, 1981. pp. 1-42.
- JACKSON, T.L. "Pounding Acorn: Women's Production as Social and Economic Focus. Engendering archaeology". *Women and Prehistory*. J.M. Gero and M.W. Conkey (eds.). Oxford. 1991. pp. 301-325.
- JIMÉNEZ GONZÁLEZ, J.J. *Los Canarios. Etnohistoria y Arqueología*. S/C de Tenerife. 1990.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, S. "El trigo uno de los alimentos de los grancanarios prehistóricos". *Revista de Historia*, XVIII, nº98-99, 1952. pp. 205-213.
- JONES, G.E.: "Intepretation of archaeological plants remains: Ethnographic models from Greece. Plants and Ancient Man". *Studies in palaeoethnobotany*. W.V. Zeist and W.A. Casparie (eds.). pp. 43-64. Rotterdam, 1984.
- JORGE BLANCO, M.S. "Restos vegetales de un túmulo arqueológico de la necrópolis de Arteara", Gran Canaria. *Botánica macaronésica*, nº18: 47-58. 1989.
- LAOUST-CHANTREAUX, G. *Kabylie Côte femmes*. Aix-en-Provence, 1990.
- LHOTE, H. *Les Touaregs du Hoggar*. Paris, 1984.
- LORENZO PERERA, M.J. *¿Qué fue de los alzados Guanches?*. S/C de Tenerife, 1983.
- LORENZO PERERA, M.J. *La tradición oral en Canarias*. S/C de Tenerife, 1988.
- MACHADO, M.C. *Primeros estudios antracológicos en el archipiélago canario. Noroeste de Tenerife. Las comarcas de Icode y Daute*. Departamento de Prehistoria, Antropología e Historia Antigua. Universidad de La Laguna, 1994.
- MACHADO, M.C. "Approche paléoécologique et ethnobotanique du site archéologique "El Tendal" (N-E de l'île de La Palma, Archipel des Canaries)". *L'Homme préhistorique et la mer*. 120 congrés CTHS, pp.179-186. Aix-en-Provence, 1995.

- MACHADO, M.C. “Reconstrucción paleoecológica y etnoarqueológica por medio del análisis antracológico. La cueva de Villaverde, Fuerteventura”. *Actas del Simposio Paleoambiente en la Península Ibérica*, pp. 261-274. Santiago de Compostela, 1996.
- MACHADO, M.C. et al. *Man and vegetation in northern Tenerife (Canary Islands, Spain), during the prehispanic period based on charcoal analyses*. *Vegetation History and Archaeobotany*, 6:187-195. 1997.
- MACHADO, M.C. y GALVÁN, B. “La vegetación en el valle de Chafarí (Las Cañadas del Teide, Tenerife), antes de la conquista castellana”. *Cuaternario y Geomorfología*, 12 (1-2): 117-125. 1998.
- MACHADO, M.C. y OURCIVAL, J.M. “La evolución de la vegetación del Norte de Tenerife (Islas Canarias) durante el período prehispanico. Aportación antracológica”. *Arqueología espacial*, 19-20: 249-260. Teruel, 1998.
- MARÍN de CUBAS, T.A. *Historia de las siete islas de Canarias*. Madrid, 1986.
- MARTÍN de GUZMÁN, C. *Las Culturas prehistóricas de Gran Canaria*. Las Palmas de Gran Canaria, 1984.
- MARTÍN de GUZMÁN, C. “La arqueología canaria: una propuesta metodológica”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 32. pp. 575-682. Madrid, 1986.
- MARTÍN SOCAS, D. “Aproximación a la economía de Gran Canaria en época prehispanica”. *III Coloquio de Historia Canario-Americana*, 1980. pp. 87-112.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, E. *La economía prehistórica de la isla de La Palma. Un enfoque ecológico sobre la explotación del territorio*. Tesis Doctoral. Departamento de Prehistoria, Antropología e Historia Antigua. Universidad de La Laguna, 1986.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, E. *La Palma y los Auaritas*. S/C de Tenerife, 1992.
- MASON, P. *Deconstructing America. Representations of the Other*. Londres, 1990.
- Mcguire, R.H. *A Marxist Archaeology*. San Diego, 1992.
- MORALES PADRÓN, F. *Canarias. Crónicas de su conquista*. Las Palmas de Gran Canaria, 1993.
- NAVARRO MEDEROS, J.F. *Los Gómeros. Una Prehistoria insular*. S/C de Tenerife, 1992.
- NICOLAISEN, J. and NICOLISEN, I., *The Pastoral Tuareg: Ecology, Culture and Society*. London, 1997.
- PAIS PAIS, F.J. *La economía de producción en la prehistoria de la isla de La Palma. La Ganadería*. S/C de Tenerife, 1996.
- PEÑA CHOCARRO, L. “Prehistoric Agriculture in Southern Spain during the Neolithic and the Bronze Age”. *The application of ethnographic models*. BAR Int. Series 818. 1999.
- PÉREZ EMBID, F. “Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el tratado de Tordesillas”. *Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla*, 1948.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A.C. y PAIS PAIS, F.G. *Memoria de las Excavaciones Arqueológicas en Cueva del Rincón (El Paso-La Palma)*. Inédito. Viceconsejería de Cultura del Gobierno de Canarias, 1993.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A.C. *La industria lítica en la isla de La Palma. Cuevas de San Juan, un modelo de referencia*. Tesis Doctoral. Departamento de Prehistoria, Antropología e Historia Antigua. Universidad de La Laguna, 1993.
- RODRÍGUEZ, C.G.: *Tejidos, cestería y cordelería en la Prehistoria de Gran Canaria*. Tissage, corderie, vannerie. Juan-les-Pins, 1989. pp. 81-93..
- SANTANA, A. *Paisajes históricos de Gran Canaria*. Las Palmas de G.C., 1992.

TEJERA GASPAR, A. y GONZÁLEZ ANTÓN, R.: *Las culturas aborígenes canarias*. S/C de Tenerife, 1987.

TORRIANI, L. *Descripción de las Islas Canarias*. S/C de Tenerife, 1978.

TRIGGER, B.G. *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona, 1992.

VERNEAU, R. *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*. La Orotava, 1981.

VIERA Y CLAVIJO, J. *Diccionario de Historia natural de las Islas Canarias*. Madrid, 1982.

ZURARA, G.E. et al.: *Crónica del descubrimiento y conquista de Guinea*. La Laguna, 1998.